

POBRES Y LIBERACION EN PUEBLA

Gustavo Gutiérrez

Condensamos ligeramente este artículo de G. Gutiérrez, sobre un tema tan fundamental para la vida de nuestra Iglesia Latinoamericana y que constituye el eje central del documento de Puebla. El artículo completo ha sido publicado en la revista peruana "Páginas", no. 21-22, abril 1979.



La realidad de pobreza, miseria y explotación en que vive la inmensa mayoría de los latinoamericanos constituye sin duda el más radical reto al anuncio del evangelio en el subcontinente. Sobre todo si se tiene en cuenta, como lo dice repetidas veces Puebla, que se trata de una sociedad que se pretende cristiana. Desafío a la proclamación de un evangelio que precisamente nos revela a un Dios que toma partido por el pobre. No es de extrañar por eso que el tema de la pobreza surgiese como una cuestión clave en la preparación de Puebla, y que se viese su eventual tratamiento en dicha conferencia como un testimonio de autenticidad de una Iglesia que debe dejarse cuestionar por la palabra de Dios y por la situación concreta de los pobres y oprimidos en quienes debe reconocer el rostro del Señor. Esto se hacía aún más exigente dado al tema general de Puebla: "La evangelización en el presente y en el futuro de América Latina".

En este punto se jugaba por otra parte, más allá de palabras de cumplido y de corteses inclinaciones de cabezas, la continuidad con Medellín que asumió una clara y solidaria opción por los pobres y por su liberación. Nadie ignora; además, que la perspectiva del pobre es un tema central en la reflexión teológica sobre la liberación nacida en América Latina en este último decenio. Y esto también se hallaba en debate.

Todo ello motivó apasionadas discusiones en la etapa preparatoria Puebla. A juicio de muchos se estaba soslayando el asunto en lo que tenía de realidad masiva y cruda, así como de exigencia evangélica radical. Desde los grupos cristianos de base se alzó entonces una clara voz de protesta ante lo que consideraban como esfuerzos por orillar la cuestión y por darle un enfoque espiritualista, alejado del mensaje cristiano y de la situación concreta de los pobres de América Latina. Intentos minoritarios, es verdad, pero provenientes de personas que jugaban un papel importante en la organización de la etapa previa a Puebla. Algo más extendido era por el contrario el temor de que se estuviesen simplificando las cosas y reduciendo el rico y complejo tema evangélico de la pobreza a una sola de sus dimensiones. Se pedía entonces -y con razón- de Puebla una definición neta al respecto. De hecho en la misma conferencia de Puebla el tema fue ardorosamente debatido, y no es un misterio para nadie que el documento llamado "*Opción preferencial por los pobres*" encontró serias resistencias. No obstante, la vida del pueblo pobre y las experiencias de la Iglesia Latinoamericana en estos años terminaron por imponerse en este asunto capital.

Algunos puntos fueron precisados, otros quedan como tarea posterior. Lo cierto es que el tema de la pobreza gravita fuertemente en los documentos de Puebla, y no sólo en aquel que le está consagrado especialmente -y que constituye sin duda uno de los mejores y más homogéneos de los textos producidos en Puebla-, sino que se halla presente en otros documentos. Es necesario tener esto en cuenta si se quiere hacer un análisis del tema en esta conferencia episcopal.

I. En la huella de Medellín.

Puebla señala explícitamente su continuidad con Medellín. Por lo demás esa continuidad no se halla sólo en declaraciones expresas, sino sobre todo en el tratamiento de algunos temas centrales.

b

El documento sobre la "opción preferencial", afirma situarse en la huella de Medellín y lo hace tanto en sus primeras líneas como al concluir su desarrollo. Este encuadre del texto es ya de por sí significativo. Al empezar se dice: *"Volvemos a tomar, con renovada esperanza en la fuerza vivificante del Espíritu, la posición de la II Conferencia General que hizo una clara y profética opción preferencial y solidaria por los pobres, no obstante las desviaciones e interpretaciones con que algunos desvirtuaron el espíritu de Medellín, el desconocimiento y aún la hostilidad de otros"*. (no. 1134). Se busca retomar pues la postura de Medellín sobre los pobres, y esa opción es calificada sin temores como profética. Su sentido primero es un anuncio de la palabra de Dios desde la realidad del pobre. Un juicio sobre la ofensa hecha al Señor en el ultraje y despojo a los oprimidos.

Puebla asume aquí, además, un término capital usado por Medellín para concretar su opción por los pobres: solidaridad. El documento que comentamos lo repite varias veces (una de ellas es una cita de Juan Pablo II), y esta expresión deslinda el sentido de la opción quitándole posibles ambigüedades y el sabor de inclinación paternal al pobre que algunos pudieran atribuirle; acentuando más bien un compromiso real con los sufrimientos y las alegrías, las luchas contra la injusticia y los anhelos de liberación de los pobres.

Esa opción por los pobres es preferencial y no exclusiva. El Papa lo había subrayado ya en diferentes discursos pronunciados durante su visita a México. Seamos claros sobre este punto. Algunos han querido ver aquí una crítica a la práctica y a la reflexión presentes en el subcontinente en estos años. Están equivocados. Hay que decirlo sin tapujos, porque hemos tenido sobre esto interpretaciones distorsionadoras, insistentemente repetidas. Ello obliga a poner las cosas en claro.

Esta pretendida exclusividad sería evidentemente una mutilación del mensaje evangélico que se dirige a todo ser humano, amado por Dios y redimido por su Hijo. No somos propietarios privados del evangelio, no es posible disponer de él a nuestro gusto. Pero la preferencia por el pobre está inscrita en el mensaje mismo. Y la "exclusividad" le quitaría, paradójicamente, a la opción preferencial su mordiente histórico. Justamente lo que ha hecho insoportable para muchos la opción por los pobres es la pretensión de anunciar el evangelio en la dialéctica de una universalidad que pasa por una particularidad, por una preferencia. Desde esta última, el evangelio resulta palabra dura y exigente para los privilegiados de un orden social injusto. La "exclusividad" los dejaría más bien al margen de este anuncio que se reviste de una denuncia de todo aquello que despoja y oprime al pobre. No, el evangelio se dirige a todo ser humano, pero hay en él una predilección por el pobre, y es por ello que se le proclama desde la solidaridad con los oprimidos. Eso le da un tono preciso en este subcontinente de miseria y explotación de las mayorías. Nadie queda excluido del anuncio de la Buena Nueva y de la preocupación de la Iglesia a condición de que ésta sepa ser solidaria con la vida, los sufrimientos, y las aspiraciones de los que el Papa llamaba "los predilectos de Dios".

En esos términos planteó ya Medellín la preferencia por el pobre. Lo mismo hizo la teología de la liberación antes y después de Medellín. La solidaridad con el pobre, sus luchas y esperanzas es la condición de una auténtica solidaridad para con todos; condición de un amor universal que no recubra ficticiamente las oposiciones sociales que se dan en la historia concreta de los pueblos, sino que se abra paso en medio de ellas hacia un Reino de Justicia y amor.

De este modo las afirmaciones de Juan Pablo II sobre la preferencia y no exclusividad, lejos de ser una crítica como lo pretendían las agencias noticiosas internacionales encargadas de "desinformar" sobre Puebla, así como las personas carentes de conocimiento sobre la materia, corroboran más bien lo que hay de más claro y sano en la experiencia y la reflexión teológica recientes en América Latina. Por otro lado no cabe sino alegrarse de esas afirmaciones, ellas hicie-

ron que la opción por los pobres se constituya en una de las claves de la conferencia de Puebla, con una presencia en sus textos que tal vez no habría tenido sentido sin la insistencia del Papa en el punto y que de hecho no tuvo en los textos preparatorios.

Hay una cuestión más en este situarse en la huella de Medellín, que vale la pena subrayar. El texto de Puebla reconoce que pese a la clara opción de Medellín ésta no ha estado libre de *"desviaciones e interpretaciones"* sobre las que mucho se ha insistido en este último tiempo. Pero se señala también el desconocimiento e incluso la hostilidad que su voz profética encontró -como se dirá en otros textos- en los sectores dominantes de la sociedad latinoamericana que hicieron caso omiso de las enseñanzas de Medellín, bajo el pretexto de que sus denuncias a la injusticia social que sufren las clases populares significan un salirse de la misión *"espiritual"* que corresponde a la Iglesia. Volveremos sobre esto. Limitémonos ahora a decir que, por eso mismo, Puebla no habla inocentemente cuando dice que vuelve a tomar la posición de Medellín.

El documento *"opción preferencial"*, como ya lo habíamos anunciado, termina ratificando su continuidad con Medellín. *"Con su amor preferencial pero no exclusivo por los pobres, la Iglesia presente en Medellín, como lo dijo el Santo Padre, fue una llamada a la esperanza hacia metas más cristianas y más humanas. La III Conferencia Episcopal de Puebla -- quiere mantener viva esa llamada y abrir nuevos horizontes a la esperanza"* (no. 1165). Una clara consecuencia se desprende de esta reafirmada fidelidad a Medellín, conclusión que vale además no únicamente para el documento *"opción preferencial"*, sino que rige para el conjunto de los textos de Puebla. Esta conferencia episcopal no intenta substituir a Medellín, que conserva toda su validez, y cuya clara, profética y solidaria opción por los pobres, en relación íntima con Puebla, seguirá siendo una exigencia de fidelidad a Cristo pobre, para usar una expresión retomada en el texto que comentamos.

II. Los pobres existen.

El hecho más significativo de los últimos años de la vida política y eclesial de América Latina es la presencia activa que los pobres van asumiendo en ella. Como puede suponerse esto no ocurre sin provocar temores y hostilidades. Se llegó así al extremo de atribuir a Medellín, o a lo que se consideraban interpretaciones antojadizas de sus textos, el haber creado los problemas y cuestionamientos así como las aspiraciones y esperanzas provocadas por este hecho. Increíble forma de negar, desde intereses propios, una realidad masiva. En ese contexto se presenta una polémica, que arrastró incluso a personas bien intencionadas, acerca del verdadero significado de la pobreza real, o pobreza material, para usar una expresión frecuente para la fe cristiana. Se temía que la insistencia en el "*pobre material*" hiciera perder de vista el sentido espiritual y genuinamente evangélico de la pobreza. De otro lado las urgencias de la acción llevaban a otros al uso de expresiones que simplificaban una situación compleja. Puebla aporta al respecto precisiones interesantes.

a) *La realidad de los pobres.*

En Puebla una comisión, la primera, fue encargada de dar una visión de la realidad latinoamericana desde un punto de vista pastoral. Esto no impidió que en muchos documentos al tratar temas específicos se les encuadrara con referencias a la situación concreta en la que ellos se presentaban. En el caso de la pobreza, por ser una cuestión englobante y el mayor desafío a la tarea evangélica, se explica fácilmente que el examen de la realidad se halle precisamente en el texto de esa primera comisión que introduce al conjunto de los textos. Esto no hace sino subrayar la importancia de sus análisis.

Desde el inicio Puebla proclama que se coloca en la línea de Medellín. "*Así nos situamos en el dinamismo de Medellín, cuya visión de la realidad asumimos y que fue inspiración para tantos documentos pastorales nuestros en esta década*" (no.25). Cuando se piensa en los ataques recibidos por Medellín debido a su análisis de la realidad social de Amériu

ca Latina, se valora todo lo que esta expresión significa. Pero la cuestión no queda sólo en una declaración verbal de fidelidad y continuidad. Se trata del contenido mismo de la descripción de la situación, del examen de sus causas, y del juicio de fe que todo eso merece.

1. LA INJUSTICIA INSTITUCIONALIZADA.

Repetidas veces afirman los obispos de Puebla que vivimos en América Latina una situación que califica de "*injusticia institucionalizada*", término que concuerda y refuerza una de las expresiones más audaces y combatidas de Medellín que sostenía que nos hallamos en América Latina en una situación de "*violencia institucionalizada*".

Los documentos de Puebla buscan precisar lo que se entiende por eso. Así la situación de pobreza es enfocada como resultado del orden social vigente, de una estructura, es más, de un "*conflicto estructural*". Hablando de "*las claras tendencias*", presentes en América Latina, "*una tendencia hacia la modernización con fuerte crecimiento económico*" y de otro lado "*una tendencia a la pauperización y exclusión creciente de las grandes mayorías latinoamericanas*", se afirmará: *Estas tendencias contradictorias favorecen la apropiación, por una minoría privilegiada de gran parte de la riqueza, así como de los beneficios creados por la ciencia y por la cultura; por otro lado, engendran la pobreza de una gran mayoría con la conciencia de su exclusión y del bloqueo de sus crecientes aspiraciones de justicia y participación. Comprobamos, con todo, que van aumentando las clases medias en muchos países de América Latina*". (n.1208). Y el texto concluye afirmando "*surge así un conflicto estructural grave: la riqueza creciente de unos pocos sigue paralela a la creciente miseria de las masas*" (n.1209).

Un examen serio de la situación social de América Latina no puede menos que llevar a esas aserciones. En efecto "*al analizar más a fondo tal situación, descubrimos que esta pobreza no es una etapa casual, sino el producto de situaciones y estructuras económicas, sociales y políticas, aunque haya también otras causas de la miseria. Estado interno de nuestros países que encuentra en muchos casos su ori-*

gen y apoyo en mecanismos que, por encontrarse impregnados, no de un auténtico humanismo, sino de materialismo, producen a nivel internacional, ricos cada vez más ricos a costa de pobres cada vez más pobres" (no.30).

De hecho el Papa había insistido en estos factores estructurales al hablar de mecanismos generadores de la pobreza y al decirles a los campesinos de Oaxaca que tienen "derecho a que se le quiten barreras de explotación". El documento "opción preferencial" denuncia, a su vez, "las graves injusticias derivadas de mecanismos opresores" (no.1136); y reclama "el cambio necesario de las estructuras sociales, políticas y económicas injustas" (no.1155). Todo esto da pie para la denuncia del sistema capitalista existente en América Latina, así como de la presencia de las empresas transnacionales, que se halla varias veces en los documentos.

Puebla ofrece una vívida descripción de la pobreza de las grandes mayorías latinoamericanas, dibujo que va acompañado de un exigente enfoque pastoral y teológico (no hay que olvidar que, con acierto, Puebla se propone dar "una visión pastoral del contexto socio-cultural"). Esta situación de pobreza, se dice, "adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela". Sigue luego una larga descripción de esos rostros sufrientes (nos. 31-40).

Puebla no se limita, al hablar de injusticia institucionalizada, a señalar la situación de opresión que se vive en América Latina, se refiere también a la realidad de represión presente en la región. Y tiene clara conciencia de agregar ese aspecto al anterior. Inmediatamente después del largo texto que acabamos de citar se denuncia la "permanente violación de la dignidad de la persona" y se añade: "A esto se suman las angustias surgidas por los abusos de poder, típicos de los regímenes de fuerza. Angustias por la represión sistemática o selectiva, acompañada de delación, violación de la privacidad, apremios desproporcionados, torturas, exilios. Angustias en tantas familias por la desaparición de sus seres queridos de quienes no pueden tener noticia alguna. Inseguridad total por detenciones sin órdenes judicia-

les. Angustias ante un ejercicio de la justicia sometida o atada. Tal como lo indican los Sumos Pontífices, la Iglesia, "por un auténtico compromiso evangélico" debe hacer oír su voz denunciando y condenando estas situaciones, más aún cuando los gobernantes o responsables se profesan cristianos." (no.42). Pero una "visión pastoral" de esta situación debe abondar su análisis, y esto es lo que se hace al calificar desde la fe esa realidad de pobreza y miseria.

2) UNA SITUACION DE PECADO.

Han sido muchos los que en estos años se rasgaron las vestiduras ante otra audaz expresión de Medellín: estamos en América Latina en una situación de pecado. La expresión, además de su profunda raigambre bíblica, manifiesta una realidad lacerante en el subcontinente; incompatible eso sí con una concepción burguesa e individualista de la relación de amistad con Dios y entre las personas, y por lo tanto de la ruptura de esa amistad que es lo que llamamos pecado.

Retomando Medellín y los discursos de Juan Pablo II, Puebla emitirá un juicio teológico al llamar "pecado social" a la injusticia institucionalizada que se vive en el subcontinente; hecho que se agrava porque ese orden social inicuo se da en países que se llaman católicos. "Vemos a la luz de la fe, como un escándalo y una contradicción con el ser cristiano, la creciente brecha entre ricos y pobres. El lujo de unos pocos se convierte en insulto contra la miseria de las grandes masas. Esto es contrario al plan del Creador y al honor que se le debe. En esta angustia y dolor, la Iglesia discierne una situación de pecado social, de gravedad tanto mayor por darse en países que se llaman católicos y que tienen la capacidad de cambiar: "que se le quiten barreras de explotación... contra las que se estrellan sus mejores esfuerzos de promoción" (no.28). El texto es claro y pone el dedo en la llaga en una sociedad que se pretende cristiana, además tampoco aquí estamos ante un texto aislado. La expresión se repite en varias ocasiones y con diferentes matices.

La misma idea, el mismo juicio, resuena en otras expresiones. En el documento "opción preferencial", se dirá por ejemplo: "Comprometidos con los pobres, condenamos como anti

evangélica la pobreza extrema que afecta numerosísimos sectores en nuestro Continente" (n.1159). En el documento "Acción de la Iglesia por la persona en la sociedad nacional e internacional", se retoma a este propósito un punto al que Puebla es muy sensible, el escándalo de la injusticia social en una sociedad pretendidamente cristiana: "El hombre latinoamericano sobrevive en una situación social que contradice su condición de habitante de un continente mayoritariamente cristiano: son evidentes las contradicciones existentes entre estructuras sociales injustas y las exigencias del evangelio" (n.1257).

La pobreza, la "inhumana pobreza" (n.29), que se vive en el subcontinente representa una situación antievangélica, y señala la existencia de responsabilidades en la ruptura de la amistad con Dios y entre las personas, es decir en la situación de pecado, que está en la raíz de la injusticia institucionalizada. Puebla lo dice con toda la claridad deseada, hay culpables y hay víctimas, esto hay que denunciarlo y esa denuncia -que no escamotea la realidad- resulta finalmente convocadora, "frente a la situación de pecado surge por parte de la Iglesia, el deber de denuncia que tiene que ser objetiva, valiente y evangélica; que no trata de condenar sino de salvar al culpable y a la víctima. Una tal denuncia hecha después de previo entendimiento entre los pastores, llama a la solidaridad interna de la Iglesia y al ejercicio de la colegialidad" (n.1269). Como en Medellín, al análisis estructural de un orden social que oprime y despoja al pobre se une un juicio y una denuncia desde la fe que no da lugar a escapatoria. En ambos ha insistido en estos años la práctica y la reflexión teológica de los cristianos comprometidos en el proceso de liberación del pueblo explotado y creyente de América Latina.

b) El "vindicador de los humildes".

Profundizando la línea señalada por Medellín y por la teología de la liberación, la exigencia evangélica de pobreza fue comprendida como una solidaridad con los pobres reales de América Latina y una protesta contra la situación de despojo y opresión que les impide vivir como seres humanos. Esa solidaridad y rechazo aparecían como la condición indis-

pensable para vivir y anunciar con autenticidad ese aspecto central del Evangelio que es la infancia espiritual, en tanto que disponibilidad ante el Señor; y de búsqueda del Reino, *"intuído por los más pobres con fuerza privilegiada"* (n.132).

1) LA RAZON DE UNA PREFERENCIA.

¿A qué pobres se refieren sus textos cuando hablan de opción preferencial?. La respuesta es clara: a los pobres reales, tal como ellos existen en América Latina y son creados por los "mecanismos opresores" que rigen en el subcontinente. Esto no ofrece la menor duda. Para dar el tono y evitar equívocos el documento sobre la *"opción preferencial"* nos dice al empezar de qué pobres se trata. *"La inmensa mayoría de nuestros hermanos siguen viviendo en situación de pobreza y aún de miseria que se ha agravado. Queremos tomar conciencia de lo que la Iglesia Latinoamericana ha hecho o ha dejado de hacer por los pobres después de Medellín, como punto de partida para la búsqueda de pistas opcionales eficaces en nuestra acción evangelizadora, en el presente y en el futuro de América Latina"* (n.1135). La enumeración final es clara. Subrayemos en ella el señalamiento de los indígenas llamados *"pobres entre los pobres"* (n.34) en otro lugar, y la consideración especial que merece la mujer de esos sectores sociales y que por ello es llamada *"doblemente oprimida y marginada"*.

Esto se precisará más adelante después de indicar que el compromiso evangélico de la Iglesia debe ser, como el de --- Cristo que asumió solidariamente la situación humana, un compromiso con los más necesitados (n.1141); se precisará que *"acercándonos al pobre para acompañarlo y servirlo, hacemos lo que Cristo nos enseñó, al hacerse hermano nuestro, pobre como nosotros"* (n.1145). Entre esos dos textos se afirmará con nitidez: *"Por esta sola razón, los pobres merecen una -- atención preferencial, cualquiera que sea la situación moral o personal en que se encuentren"* (n.1142). La preferencia por el pobre se basa en que es amado por Dios, como Cristo lo muestra, por su condición concreta y real del pobre, "aún antes" de considerar sus disposiciones morales o espirituales. El texto es transparente respecto a sus fuentes, y estas ayudan a comprenderlo mejor.

La conclusión es clara, la opción preferencial se dirige al pobre en tanto que pobre. No se ignora el valor de su actitud de apertura a Dios -volvemos sobre esto-, pero ello no constituye el motivo primero del privilegio de los pobres. Esto se ratifica cuando el documento que nos ocupa afirma que "este aspecto central de la Evangelización fue subrayado por S.S. Juan Pablo II: "He deseado vivamente este encuentro, porque me siento solidario con vosotros y porque siendo pobres tenéis derecho a mis particulares desvelos; os digo el motivo: el Papa os ama porque sois los predilectos de Dios. El mismo, al fundar su familia, la Iglesia, tenía presente a la humanidad pobre y necesitada. Para redimirla envió precisamente a su Hijo que nació pobre y vivió entre los pobres para hacernos ricos en su pobreza. (cf. II Cor.8,9)". Alocución Barrio Sta. Cecilia, no. 1143. Ahora bien el barrio de Santa Cecilia es un barrio pobre de la ciudad de Guadalajara, el Papa sostiene que por su condición de pobres y marginados, e independientemente de sus disposiciones espirituales, sus habitantes son los "predilectos de Dios". La cita que se hace a continuación de otra alocución papal confirma esta perspectiva. Se trata de un importante texto que es introducido con una afirmación cargada de significación: "De María, quien en su canto del Magnificat proclama que la salvación de Dios tiene que ver con la justicia hacia los pobres, "parte también el compromiso auténtico con los demás hombres, nuestros hermanos, especialmente por los más pobres y necesitados y por la necesaria transformación de la sociedad" (n.1144), Homilía en Zapopán. Esta interpretación del Magnificat, muy presente en la vida y reflexión de los cristianos comprometidos en el proceso de liberación latinoamericana, se apoya en el mismo texto papal que dice líneas abajo del pasaje citado: "María, como enseña mi predecesor Pablo VI en la Exhortación Apostólica "Marialis Cultus", es también modelo, fiel cumplidora de la voluntad de Dios, para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctimas de la "alienación", como hoy se dice, sino que proclaman con ella que Dios es "vindicador de los humildes" y, si es el caso "depone del trono a los soberbios" para citar de nuevo el Magnificat (cf. Lc.1,51-53)".

De otro lado, son innumerables las veces que en los documentos de Puebla se habla -y se denuncia esa situación- de

los pobres que carecen de los más elementales bienes materiales. Es por eso que para que no quepa duda sobre el carácter de esa pobreza, con gran frecuencia el término va acompañado por expresiones que precisan su sentido como "oprimidos", "los más necesitados", "los que sufren", "olvidados", etc. Hemos citado ya otros textos que se refieren a esa situación concreta del pobre; subrayemos acá únicamente que Puebla estima que justamente esa realidad es la que lleva a la "opción preferencial" que constituye uno de los aspectos centrales de su mensaje. Así se dice con claridad meridiana: *"Esta opción, exigida por la realidad escandalosa de los desequilibrios económicos en América Latina debe llevar a establecer una convivencia humana digna y fraterna y a construir una sociedad justa y libre. (no.1154). Opción requerida por una realidad escandalosa de pobreza. Es evidente que ese escándalo no es provocado por la pobreza espiritual.*

2) LA POBREZA QUE SE VIVE EN AMERICA LATINA ES "ANTIEVANGELICA".

Es necesario complementar lo expuesto hasta aquí sobre la razón de la predilección por el pobre. Hemos insistido en el carácter concreto, material del pobre por el que Puebla considera que hay que optar con preferencia. Y lo hemos hecho porque los textos y su contexto son netos al respecto y porque si eso no se capta no se percibe el sentido del "bienaventurados los pobres".

Puebla nos pone ya sobre la pista para ahondar en este punto cuando califica de "antievangélica" a la pobreza existente en América Latina aquí y ahora. No habla de esa pobreza abstracta que algunos se fabrican -jugando con la Biblia y con los seres humanos- para hacer de ella un dulce ideal, que por otra parte se cuidarán mucho de seguir. Puebla, como Medellín, evitó ese lenguaje ambiguo de ideal (es más, se negó explícitamente a hacerlo) referido a la pobreza material. La que viven los pobres y oprimidos en América Latina es contraria al mensaje cristiano y negadora del Dios que se revela en la Biblia. Como lo dijo con profunda inspiración bíblica un campesino boliviano en Puebla, ateo es el que no practica la justicia para con el pobre.

En efecto es tocar una puerta equivocada querer salvar el carácter espiritual del mensaje cristiano, pretendiendo escamotear el sentido directo y claro de la pobreza material en la Biblia, en tanto que una determinada condición humana y social; por el contrario tomar conciencia de esto último hace aparecer más nítidamente el sentido de la proclamación del Reino de Dios. Las bienaventuranzas son un anuncio del mensaje central de Jesús: "el reino de Dios está cerca". Ellas tienen por lo tanto en primer lugar un carácter teológico, nos dicen quién es Dios. A esta significación primera se añade una elaboración antropológica, es decir, una insistencia en las disposiciones espirituales de los que escuchan la palabra. Estos dos aspectos no se oponen, se complementan, pero el aspecto que se centra en Dios y en su bondad para con el pobre, el "teológico", es primero.

¿Qué significa esto?. Todos los exégetas piensan que el mensaje de las bienaventuranzas es en verdad un mensaje religioso. Pero quienes han estudiado más acuciosamente la cuestión se oponen a los que creen que la manera de afirmarlo es sostener que las bienaventuranzas se refieren exclusivamente, o en primer lugar, a los "pobres espirituales" por temor a canonizar un grupo social determinado. Esto es tomar un camino errado y además desconocer los textos bíblicos mismos. Afirmar que el mensaje propio y original de las bienaventuranzas se refiere primeramente a los "pobres materiales", no es humanizar o politizar su sentido, lo que se hace es reconocer que Dios es Dios y que ama a los pobres con toda libertad y gratuidad; no porque son buenos o mejores que otros, sino porque son pobres (afligidos y hambrientos), y esta situación es contraria a su condición de Rey, como "Go' el," defensor de los pobres,, "vindicador de los humildes". Las bienaventuranzas son ante todo una revelación sobre Dios --- (perspectiva teológica) y sólo reconocido esto es posible comprenderlas como una manifestación sobre las disposiciones que los hombres deben tener (perspectiva antropológica) para escuchar la palabra.

A la declaración del carácter bienaventurado de los pobres porque el Dios de la Biblia es el Dios de la justicia y de los pobres se añade otra noción. Noción complementaria pero que no suprime la anterior: la pobreza espiritual (in-

fancia espiritual), es la condición para oír la revelación sobre el Reino. No obstante, debe quedar claro que si no se comprende que las bienaventuranzas hablan de los pobres materiales y que por eso hablan de Dios, no se entenderá lo que nos dicen de los pobres espirituales. Debe comprenderse -- igualmente que el carácter religioso y auténticamente espiritual del mensaje no viene sólo cuando se habla de pobreza espiritual. El carácter religioso resalta sobre todo en el sentido primero, bienaventurados los que se hallan en una situación de inferioridad social, porque Dios es Dios. Como lo decía el texto del episcopado peruano, "el privilegio de los pobres tiene su fundamento en Dios".

En esta perspectiva no hay pues reducción al insistir en que el pobre material es bienaventurado, el Reino está cerca y es contrario a toda injusticia. Lo que hay es paradoja: si "espiritualizamos" al pobre antes de tiempo, "humanizamos" a Dios, lo hacemos más "accesible" a la inteligencia humana a partir de categorías de la mentalidad burguesa. Dios amaría de preferencia a los buenos y por sus méritos. Si por el contrario mantenemos el sentido primero y directo del amor de Dios por los "pobres materiales", nos situaremos ante el misterio de la revelación de Dios y del Don gratuito de su Reino de amor y justicia. Ante algo que desafía nuestras categorías, ante el misterio de un Dios irreducible a nuestro modo de pensar. Pero esto no quita significación a la pobreza espiritual (infancia espiritual); sería negar el Evangelio y la tradición cristiana. Nos permite más bien comprenderla mejor. La infancia espiritual, como lo repitió Medellín, es uno de los elementos centrales del mensaje evangélico. Por ello se dice en Puebla: *"Para el cristianismo, el término "pobreza" no es solamente expresión de privación y marginación de las que debemos liberarnos. Designa también un modelo de vida que ya aflora en el Antiguo Testamento en el tipo de los "pobres de Yahvé" (no.1148). Con lo cual se retoman los dos primeros sentidos del término pobreza distinguidos en Medellín y que constituyen la premisa necesaria para entender la exigencia evangélica de pobreza, como "solidaridad con el pobre y como rechazo de la situación en que vive la mayoría del continente" (no.1156). La pobreza espiritual permite vivir esa solidaridad y, todas sus consecuencias, en la inseguridad de la búsqueda y con la confianza -- puesta en el Señor.*

c) Cristo Pobre.

Medellín buscó fundamentar en el ejemplo de Cristo su vigoroso llamado al testimonio de pobreza y la reflexión que lo acompaña. Puebla apela igualmente a ese fundamento cristo lógico.

En esta óptica el eje está en la identificación de Cristo con el pobre según lo encontramos en Mateo 25,31-46, texto evangélico de importante relieve en Puebla y en los discursos del Papa en México. Texto central también, como se sabe, en las comunidades cristianas de base y en la reflexión sobre el compromiso liberador en América Latina. En un pasaje que ya hemos citado se habla en Puebla de los "rostros su frientes de Cristo", y luego se enumeran las formas concretas que reviste ese rostro en los pobres del subcontinente (no. 31-40). Esa identificación hace que asumir la causa de los pobres, se dice en el mensaje inicial, signifique asumir "la causa misma de Cristo. Todo lo que hicieres a uno de estos mis hermanos, por humildes que sean, es como si a mí mismo se hiciera" (Mt. 25,40). Es por ello también que "las obras de servicio a los demás" constituyen el "criterio y medida con que Cristo ha de juzgar, incluso a quienes no lo hayan conocido (Mt.25)" (no.339).

Puebla repite la idea de que el servicio al pobre y el compromiso con él son la "medida privilegiada" de "nuestro seguimiento y de nuestro servicio a Cristo" (no. 1145). Y este servicio exige "una conversión y purificación constantes, en todos los cristianos, para el logro de una identificación cada día más plena con Cristo pobre y con los pobres" (no.1140). Cristo pobre es: una expresión que ha ido adquiriendo cada vez más fuerza entre el pueblo pobre de Latinoamérica. A través de ella se expresa su fe en el Hijo de Dios hecho hombre, hecho pobre, "pobre como nosotros" como se dice en el documento "opción preferencial". En ese enunciado, estrechamente ligado al de "Cristo liberador" (del que habla Puebla en el "Mensaje"), se reconoce a Jesús como el Verbo hecho carne, como Aquel que puso su tienda en medio de nosotros, según se afirma en el evangelio de Juan. En medio de su pueblo; pueblo pobre y explotado, pero que cree y espera en El. Es necesario estar muy lejos de la vida de ese pue-

blo, para no percibir aquí, en la afirmación de la cercanía de Cristo manifestada por la expresión Cristo pobre, una confesión de la presencia de Dios en la historia concreta de la humanidad. Una confesión de Jesús, Hijo de Dios, no de la bios para afuera, sino brotando cotidianamente de sus sufrimientos, luchas y esperanzas; no de una "ortodoxia" que se agota en ella misma, sino la afirmación de una verdad vital y entrañable, y al mismo tiempo pensada. Poco le aportan por ello a ese pueblo pobre los obsesionados por la aserción formal de verdades que son para él parte de su vida diaria, de su práctica orante y de una auténtica reflexión teológica.

El "seguimiento de Cristo" de que hablaba el texto citado más arriba debe caminar por la ruta señalada por Cristo mismo. Esto es, la de un "compromiso con los más necesitados" según el enunciado programático de Lucas 4,19-21, texto en el que se apoya con fecundidad este fundamento cristológico de la solidaridad con los pobres.

III. Pobres: Liberación y Evangelización.

Evangelización y liberación son desde varios años temas estrechamente ligados en la vida de la Iglesia Latinoamericana. Pero ese lazo corre el peligro de alzar vuelo y convertirse en una abstracción si no se le sitúa en la perspectiva de los pobres reales. Y ese ha sido precisamente el esfuerzo realizado en estos años, recogido en Medellín, y que ahora reencontramos en Puebla.

Medellín hablaba del sordo clamor por la liberación que venía de millones de latinoamericanos (Pobreza de la Iglesia). Puebla afirma que diez años después la situación ha cambiado. *"El clamor pudo haber sido sordo en ese entonces. Ahora es claro, creciente, impetuoso y, en ocasiones, amenazante"* (no.88-89).

Toma acta así Puebla de un anhelo a la liberación que se ha hecho aún más urgente y exigente. En sus discursos en Santo Domingo y México el Papa se había referido ya al tema en varias oportunidades. Puebla lo hace también, añadiéndole con gran frecuencia el adjetivo integral. Importa por eso ver

qué entiende Puebla por liberación integral. Hay al respecto un texto central en el que con extensión y precisión ese sentido es indicado. Dicho texto se halla en la comisión "*La dignidad humana*", el pasaje es largo (comprende los nos. 321 al 329), por ese motivo nos limitaremos a citar algunos extractos y a parafrasear otros.

Después de afirmar que la libertad es un don y una tarea y que "no se alcanza de veras sin liberación integral (Juan 8,36) y que es, en un sentido válido, meta del hombre según nuestra fe", se cita un texto de San Pablo que ha jugado un papel importante en la reflexión sobre la liberación, se trata de "para la libertad Cristo nos ha liberado (Gal.5, 1)". A continuación se afirma que plasmar en realidades definitivas la construcción de una comunidad y participación que arranca de una libertad como capacidad de disponer de nosotros mismos, es algo que debe hacerse "*sobre tres planos inseparables: la relación del hombre al mundo, como señor; a las personas como hermano, y a Dios como hijo*" (no.322). Se pasa enseguida a detallar estos tres planos, luego se asume lo expuesto haciendo ver los lazos estrechos entre ellos, basados en una unidad profunda. Los dos puntos con los que termina este párrafo anuncian un esfuerzo por precisar la relación entre el tercer nivel, la relación con Dios, y los --- otros dos, relación entre personas y de éstas con "mundo material". El lazo entre el tercer y segundo plano será ante todo obra de justicia: "*El amor de Dios que nos dignifica radicalmente, se vuelve por necesidad comunión de amor con los demás hombres y participación fraterna, para nosotros hoy debe volverse sobre todo obra de justicia para con los oprimidos (Lc. 4,18), esfuerzo de liberación para quienes más lo necesitan. En efecto, "nadie puede amar a Dios, a quien no se ve, si no ama al hermano a quien ve" (1 Jn. 4,20)"* (no. 317). Obra de justicia que significa entonces esfuerzo de liberación. El vínculo con el primer nivel se expresa en una transformación en aras de la construcción de un justo y fraternal señorío: "*Con todo, la comunión y participación verdaderas sólo pueden existir en esta vida proyectadas sobre el plano muy concreto de las realidades temporales, de modo que el dominio, uso y transformación de los bienes de la tierra, de la cultura, de la ciencia y de la técnica, vayan realizándose en un justo y fraternal señorío del hombre sobre el mundo, incluyendo el respeto de la ecología*" (no. 327).

Esta inseparabilidad es reafirmada, siguiendo las dos posibilidades señaladas anteriormente: gracia y pecado. Se señalan primero las exigencias concretas, raciales e históricas del amor, de la amistad con Dios: *"El evangelio nos debe enseñar que, ante las realidades que vivimos, no se puede hoy en América Latina amar de veras al hermano, y por lo tanto a Dios, sin comprometerse a nivel personal, y en muchos casos incluso a nivel de estructuras con el servicio y y promoción de los grupos humanos y estratos sociales más desposeídos y humillados, con todas las consecuencias que se siguen en el plano de esas realidades temporales"* (no.327). No hay amor a Dios sin amor al hermano, en particular a los más pobres, y eso significa -esto está dicho con toda la --- claridad deseada- un compromiso a nivel de las estructuras sociales, *"con todas las consecuencias que se siguen en el plano de estas realidades temporales"*. Esta idea se refuerza al seguir la pista de la otra posibilidad y examinar las inevitables secuelas concretas históricas del pecado, ruptura de la amistad con Dios: *"Pero también a la actitud personal del pecado, a la ruptura con Dios que envilece al hombre corresponde siempre sobre el plano de las relaciones interpersonales la actitud del egoísmo, de orgullo de ambición y envidia, que generan injusticia, dominación, violencia a todos los niveles, lucha entre individuos, grupos, clases sociales y pueblos, así como corrupción, hedonismo, exacerbación del sexo y superficialidad en las relaciones mutuas (cf. Gal. 5, 19-21)"*. Todo esto significa la creación de una situación de pecado, noción que, como lo hemos recordado ya, era central en Medellín y que es retomada con mayor fuerza e insistencia en Puebla. *"Y consiguientemente se establecen situaciones de pecado que, sobre el plano del mundo, esclavizan a tantos hombres y condicionan adversamente la libertad de todos"* (no. 328). El pecado, la ruptura con Dios, no es algo que suceda sólo en el ámbito íntimo y recoleto, se traduce "siempre" en el plano de las relaciones interpersonales, es por eso la raíz última de toda injusticia y opresión, así como de los enfrentamientos sociales y de la conflictividad histórica cuya existencia el texto no rehuye reconocer.

Es necesario ir hasta allí si se quiere comprender lo que significa la liberación de Cristo y todas sus implicaciones, según lo que decía un texto de Medellín, muchas veces

citado: "Es el mismo Dios quien, en la plenitud de los tiempos, envía a su Hijo para que hecho carne, venga a liberar a todos los hombres de todas las esclavitudes a que los tiene sujetos el pecado, la ignorancia, el hambre, la miseria y la opresión, en una palabra, la injusticia y el odio que tienen su origen en el egoísmo humano" (Justicia no.3). Puebla retoma esta idea al concluir este largo texto sobre el modo de entender la expresión "liberación integral", y reafirma desde esta perspectiva la inseparabilidad de los tres planos, cuidadosamente señalados y trabajados. "Tenemos que liberarnos de este pecado; del pecado, destructor de la dignidad humana. Nos liberamos por la participación en la vida nueva que nos trae Jesucristo y por la comunión con El, en el misterio de su muerte y de su resurrección, a condición de que vivamos ese misterio en los tres planos ya expuestos, sin hacer exclusivo ninguno de ellos. Así no lo reduciremos ni al verticalismo de una desencarnada unión espiritual con Dios, ni a un simple personalismo existencial de lazos entre individuos o pequeños grupos, ni mucho menos al horizontalismo socio-económico-político" (no. 329). Con perspicacia se señala un enfoque global que debe evitar el reduccionismo no sólo horizontalista, sino también el verticalismo que tan frecuentemente es silenciado.

El texto es límpido. Y con un lenguaje preciso recoge lo mejor de la reflexión latinoamericana sobre el punto; sin caer en las actitudes terroristas de los que se empeñaban en desconocer el sentido complejo y rico que se expresaba en el término liberación en estos años de creciente compromiso con las luchas de un pueblo explotado y creyente por construir una sociedad humana y justa. Comulgar con la muerte y la resurrección de Jesucristo en el corazón de ese combate es el gran testimonio que ese pueblo ha dado en estos años. Vivir el amor de Cristo hasta dar la vida por los hermanos y afirmar la esperanza en la vida del resucitado que vence toda muerte e injusticia constituye un elemento central de la fuerza histórica de los pobres. Por ello su aspiración y luchas por la liberación resultan amenazantes para los grandes de este mundo, usufructuarios de un orden social, que siembran la muerte, pero que no logran acabar con la esperanza.

Este largo texto da la clave de lo que debe entenderse

como "*liberación integral*", noción a cuya luz debe ser leído el conjunto de los documentos de Puebla.

b) *El potencial evangelizador de los pobres.*

Durante la preparación a Puebla se discutió mucho sobre lo que desafiaba en primer lugar y con mayor urgencia a la tarea evangelizadora de la Iglesia, tema de dicha conferencia episcopal. Puebla fija su posición desde un comienzo, y ello nos permite entrar al punto que nos interesa aquí, es decir la relación entre evangelio y liberación desde la perspectiva de los pobres. "*La situación de injusticia que hemos descrito en la parte anterior nos hace reflexionar sobre el gran desafío que tiene nuestra pastoral para ayudar al hombre a pasar de situaciones menos humanas a más humanas. Las profundas diferencias sociales, la extrema pobreza y la violación de derechos humanos que se dan en muchas partes son retos a la Evangelización. Nuestra misión de llevar a Dios a los hombres y los hombres a Dios implica también construir entre ellos una sociedad más fraterna.*" (no.90). Llevar el hombre a Dios implica construir una sociedad fraterna. Un tema dominante en Puebla será esa relación entre el anuncio del evangelio y la lucha por la justicia. Relación entre la salvación y "*la justicia hacia los pobres*" según las enseñanzas del Magnificat (no.1144).

Puebla se sitúa en una de las más ricas perspectivas evangélicas recordando que "*los primeros destinatarios de la misión sean los pobres (Lc. 4,18-21) y su evangelización sea por excelencia la señal y prueba de la misión de Jesús (Lc.7, 21-23)*" (no.1142). Pero dada la situación concreta de los pobres en América Latina esa evangelización tomará una óptica liberadora. Es por ello que después de señalar que el servicio a los pobres es "*la medida privilegiada*" del seguimiento a Cristo, se dirá que "*el mejor servicio al hermano es la evangelización que lo libera de las injusticias, lo promueve integralmente, y lo dispone a realizarse como hijo de Dios*". (no.1145). Breve texto pero que precisa el sentido de la evangelización liberadora haciéndose eco de los tres planos de la liberación integral que sabemos son inseparables. Ese es el contexto en que se sitúa la preferencia por el pobre. "*La opción preferencial por los pobres tiene como objetivo*

el anuncio de Cristo salvador que los iluminará sobre su dignidad, los llevará a la liberación de todas sus carencias y a la comunión con el Padre y los hermanos mediante la vivencia de la pobreza evangélica" (no.1153). Opción que como hemos visto es "exigida por la realidad escandalosa de América Latina" y que "debe llevar a establecer una convivencia humana digna y fraterna y a construir una sociedad justa y libre" (no.1154). El anuncio del evangelio es una contribución a la liberación de todo lo que oprime al pobre en el aquí y ahora de la injusticia social en que vive, y lo conduce así a vivir como hijo de Dios y entrar en comunión con el Padre. La condición para esa proclamación del evangelio es la "vivencia de la pobreza evangélica" que ya sabemos que es solidaridad con el pobre y rechazo de la situación de despojo en que se hallan las grandes mayorías del subcontinente (no.1156).

Pero Puebla da un paso más en esta línea, haciéndose eco así de una rica experiencia de la Iglesia Latinoamericana en este último tiempo. En la sección sobre el "Pueblo de Dios, signo y servicio de comunión", se afirma que los años postconciliares fueron marcados en América Latina "por un despertar de las masas populares" (no.223). Esto, y otras razones llevan a reclamar en otra sección que el pueblo pobre latinoamericano "sea tenido en cuenta como persona responsable y como sujeto de la historia donde pueda participar libremente en las opciones políticas, sindicales y en la elección de sus gobernantes" (no.135). Por ello, y consciente de que "es el pueblo... a través de sus organizaciones propias quien constituye la sociedad pluralista", la Iglesia debe dar un aporte para construir "una sociedad nueva para el pueblo, y con el pueblo" (no.1220). Estas constataciones y reclamos, sobre el pueblo como agente de su propia historia, se expresan también y de modo muy significativo en el terreno de la evangelización.

En el capítulo "opción preferencial" se dirá: "El compromiso con los pobres y los oprimidos y el surgimiento de las Comunidades de Base han ayudado a la Iglesia a descubrir el potencial evangelizador de los pobres, en cuanto la interpelan constantemente, llamándola a la conversión y por cuanto muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, sencillez y disponibilidad para --

acoger el don de Dios" (no.1147). Se refleja aquí una honda y feraz experiencia de la Iglesia latinoamericana, que viene como lo dice el texto de una práctica en la que se entrelazan íntimamente dos aspectos: el compromiso con los pobres y oprimidos y el incremento de las comunidades eclesiales de base. En esa solidaridad y en el surgimiento de comunidades cristianas activas y responsables en los sectores populares, se tuvo la vivencia de que son los pobres los que evangelizan. A ellos, y no a los doctos y prudentes, les es revelado el amor del Padre, son ellos los que lo acogen, lo comprenden y anuncian con rasgos distintivos y exigentes. Así se fue entendiendo que lo que la Biblia llama los pobres no son sólo los destinatarios privilegiados del evangelio, son también, y por eso mismo, sus portadores.

Desde la perspectiva del potencial evangelizador del pobre, postura que constituye un real avance sobre Medellín -- porque busca situarse en una continuidad creadora, es posible comprender mejor el sentido de la evangelización liberadora en la que tanto Medellín como Puebla y sobre todo la práctica de la Iglesia latinoamericana ha insistido en estos años.

IV. Convertirse para Evangelizar.

Para acoger el Reino es necesario realizar aquello que el evangelio llamar una conversión. Pero ésta es igualmente una exigencia para proclamar con veracidad la Buena Nueva. Puebla es sensible a este aspecto y plantea en diferentes -- ocasiones este requerimiento para la Iglesia misma. Desde el "Mensaje" los obispos se preguntan "¿vivimos, en realidad, el Evangelio de Cristo en nuestro continente?", reconocen que "aún estamos lejos de vivir todo lo que predicamos" y van incluso hasta pedir perdón por ello "por todas nuestras faltas y limitaciones, pedimos perdón, también nosotros pastores, a Dios y a nuestros hermanos en la fe y en la humanidad". El reconocimiento y el arrepentimiento de las propias faltas es elemento importante de la conversión que implica también el deseo de tomar un nuevo camino. Esa introducción da base a un tema muchas veces presente a través de los textos de Puebla: la conversión de la Iglesia y la revisión de sus propias

estructuras.

a) *Un testimonio incipiente pero real.*

La pregunta inicial que acabamos de recordar, se concreta en función del compromiso con los pobres. Lo que se haya hecho por ellos será un testimonio de autenticidad de una vida según el evangelio: "Queremos tomar conciencia de lo que la Iglesia Latinoamericana ha hecho o ha dejado de hacer por los pobres después de Medellín, como punto de partida para la búsqueda de pistas opcionales eficaces en nuestra acción evangelizadora, en el presente y en el futuro de América Latina." (no.1135). En ese compromiso se juega también la eficacia de la acción evangelizadora. Importantes sectores eclesiales han comenzado a asumir con fuerza y sentido de la realidad -algo que siempre parece iluso a los defensores de una situación que los beneficia- la solidaridad con los pobres y la denuncia contra las estructuras injustas que los fabrican. "Comprobamos que Episcopados Nacionales y numerosos sectores de laicos, religiosos, religiosas y sacerdotes han hecho más hondo y realista su compromiso con los pobres. Este testimonio incipiente, pero real, condujo a la Iglesia Latinoamericana a la denuncia de las graves injusticias derivadas de mecanismos opresores." (no.1136). Ya sabemos que en la línea de Medellín y de los discursos de Juan Pablo II, Puebla ha subrayado las causas estructurales de la pobreza en América Latina. Debido a ello el compromiso con los pobres sale de posturas de buen corazón o de comportamientos de asistencia social, para hacerse denuncia y combate contra un orden social injusto.

Esa ha sido la experiencia de numerosos cristianos en Latinoamérica y ese ha sido su compromiso en estos años. Como promiso que ha traído difamación, prisión, tortura y muerte a muchos de ellos; son los mártires -testigos de la fe en el Dios de los pobres- de la historia reciente de América Latina. Este hecho no tuvo en Puebla la presencia debida, pero hay claras alusiones a él. En "opción preferencial" se dice: "La denuncia profética de la Iglesia y sus compromisos concretos con el pobre le han traído, en no pocos casos, persecuciones y vejaciones de diversa índole: los mismos pobres han sido las primeras víctimas de dichas vejaciones." (no.1138). Cabe acentuar que el documento afirma -con acierto- que

los pobres mismos han sido las primeras víctimas de esas represalias de parte de quienes detentan el poder económico y político en la sociedad latinoamericana; es importante porque muchas veces pasan desapercibidos esos "anónimos" de la historia. En otro texto se dirá con nitidez que la Iglesia ha debido *"soportar en sus miembros la persecución y, a veces, la muerte, en testimonio de su misión profética"*; reconocimiento profundo de la razón del asesinato de tantos hermanos, testigos de la fe. Puebla aludirá también a las reservas que provoca en los sectores dominantes la postura de la Iglesia al servicio de los pobres.

El presente latinoamericano está lleno de diferentes manifestaciones de esas reservas. En ese sentido la experiencia de los días de Puebla fue penosa y aleccionadora. Los grupos conservadores, muchos de ellos llamándose a si mismos católicos, realizaron una campaña antes y durante la conferencia en la que incluso obispos de gran experiencia pastoral y que jugaron un papel importante en la conferencia fueron atacados calumniosamente. La razón profunda de esta actitud la indica Puebla con toda lucidez: *"La misma acción positiva de la Iglesia en defensa de los derechos humanos y su comportamiento con los pobres ha llevado a que grupos económicamente pudientes que se creían adalides del catolicismo, se sientan como abandonados por la Iglesia que, según ellos, habría dejado su misión "espiritual".* (no.79). La respuesta es clara y no se presta a equívocos. Los sectores dominantes entienden por "misión espiritual" algo que no sólo no cuestiona sus intereses sino que más bien los protege.

b) *Solidaridad con un pueblo que se organiza.*

Las resistencias encontradas en los sectores privilegiados debido al compromiso con los pobres, vienen en buena parte de que ya desde Medellín se expresa un gran interés por la organización del pueblo en defensa de sus intereses. No se trata, por lo tanto, en el giro tomado por la Iglesia Latinoamericana sólo de una preocupación por el pobre -frecuente, siempre que no sea cuestionante, en ambientes cristianos tradicionales-; el asunto está en el carácter concreto que ese interés reviste. En un texto que ya hemos citado, los obispos en Puebla manifiestan su satisfacción por los inten-

tos de organización que han realizado los pobres en estos -- años para una vivencia integral de su fe y para un reclamo de sus derechos" (no.1137).

La opción preferencial no es pues por un pobre individual o "bueno y agradecido" como acostumbraba a decirse en medios sociales adinerados. La pobreza tal como ella existe tiene una dimensión colectiva e indica inevitablemente una conflictividad social. Lo hemos visto al examinar los textos de Puebla sobre la situación de pobreza en América Latina. Ella es el resultado de estructuras injustas, creadoras de amplios sectores de pobres. Por ello se dirá en la "opción preferencial" que la Iglesia debe "conocer y denunciar los mecanismos generadores de esa pobreza" (no.1160). Sólo así podrá, uniendo sus esfuerzos "a los de otras iglesias y a los hombres de buena voluntad... desarraigar esa pobreza y crear un mundo más justo y fraterno" (no.1161). De eso se trata en efecto, de acabar con la pobreza que deshumaniza y pisotea la condición de hijo de Dios en esas personas.

Pero esto requiere que el pueblo se organice. En su visita a México el Papa había insistido fuertemente en este punto. La conferencia de Puebla declara que es necesario apoyar "las aspiraciones de los obreros y campesinos que quieren ser tratados como hombres libres y responsables, llamados a participar en las decisiones que conciernen a su vida y a su futuro y animamos a todos a su propia superación." (no.1162). Para eso hay que defender "el derecho fundamental de ellos a crear libremente organizaciones para defender y promover sus intereses y para contribuir responsablemente al bien común" (no.1163). Esta es una preocupación muchas veces repetida, por ello es denunciado todo obstáculo a estos esfuerzos de las clases populares. Se dirá por ejemplo: "En muchos lugares la legislación laboral se aplica arbitrariamente o no se tiene en cuenta. Sobre todo en los países donde existen regímenes de fuerza, se ve con malos ojos la organización de obreros, campesinos y sectores populares y se adoptan medidas represivas para impedirlo. Este tipo de control y de limitación de la acción no acontece con las agrupaciones patronales que pueden ejercer todo su poder para asegurar sus intereses." (no.44). La primera etapa para superar auténticamente los enfrentamientos sociales, resultado de un sistema socio-económico

co injusto, es no ocultarlos.

Así el compromiso al que llama Puebla, siguiendo los pasos de Medellín, es duro y exigente. No es extraño por eso -- que en estos años *"todo eso ha producido tensiones y conflictos dentro y fuera de la Iglesia a quien con frecuencia se ha acusado o de estar con los poderes socio-económicos y políticos, o de una peligrosa desviación ideológica marxista"* (no.1139). Ya sabemos, en efecto, que si la Iglesia toma en serio aquello que decía Juan Pablo II de que la defensa de los derechos humanos es *"un auténtico compromiso evangélico, el cual como sucedió con Cristo, es compromiso con los más necesitados"* (Discurso de apertura a la conferencia de Puebla); si se concreta la *"preocupación preferencial en promover y defender los derechos de los pobres, los marginados, los oprimidos"* (no.1217), la Iglesia será acusada, lo veíamos más arriba, de alejarse de su misión "espiritual". E incluso, como lo dice el texto citado, será acusada de una *"pe ligrosa desviación marxista"*; esto ha ocurrido con frecuencia en este último tiempo, de parte de aquellos para quienes toda denuncia del hecho de la miseria y la explotación se explica por motivaciones ideológicas. Habían querido situarse por eso durante la preparación de Puebla en el terreno de -- las disputas ideológicas y no en el de los hechos macizos. -- Son de aquellos, como decía alguien con ironía, que parecen decir: "qué bien estaríamos si no fuera por la realidad".

Además de estas "tensiones y conflictos" fuera de la -- Iglesia, Puebla no teme reconocer que ellos se presentan también dentro de la Iglesia. Una vez más estamos ante un lenguaje claro y franco que no tiene miedo a llamar a las cosas por su nombre. Lo que ocurre es que en la solidaridad con -- los pobres y oprimidos están en juego exigencias muy serias para los cristianos, ellas deben llevar a la Iglesia entera a un cambio de vida radical, a una conversión. Los esfuerzos en la línea de un compromiso con los sectores despojados y marginados tienen una presencia en la historia del pueblo la tinaamericano y en la de la comunidad eclesial que hunde sus raíces en él. Pero la Conferencia de Puebla no se declara sa tisfecha por una solidaridad inicial con los pobres.

c) *Identificación insuficiente con Cristo Pobre y con los pobres.*

Incipiente y real, el compromiso con los pobres aparece ante los ojos de los obispos reunidos en Puebla como insuficiente "No todos en la Iglesia de América Latina nos hemos identificado suficientemente con los pobres; no siempre nos preocupamos por ellos y somos solidarios con ellos". El llamado de Medellín fue seguido por importantes sectores eclesiales, pero es mucho lo que queda por hacer. Puebla quiere relanzar las exigencias de la solidaridad con los pobres y oprimidos -y éste es sin duda uno de sus temas claves-, hace notar por ello que *"su servicio exige, en efecto, una conversión y purificación constantes, en todos los cristianos, para el logro de una identificación cada día más plena con --- Cristo pobre y con los pobres"* (no.1140).

Esa conversión es presentada como el medio por excelencia para concretar la opción preferencial (no.1157-1158). El criterio para examinar la acción evangelizadora de la Iglesia será la confrontación con Cristo. *"El compromiso evangélico de la Iglesia, como ha dicho el Papa, debe ser como el de Cristo: un compromiso con los más necesitados... La Iglesia debe mirar, por consiguiente, a Cristo cuando se pregunta cuál ha de ser su acción evangelizadora"* (no.1141). La conversión que surge de esa confrontación y que la permitirá cumplir con la tarea de testimoniar y anunciar el evangelio implica dos cosas.

En primer lugar, una revisión de sus propias estructuras y de la vida de sus miembros: *"Conversión de la Iglesia. Para vivir y anunciar la exigencia de la pobreza cristiana, la Iglesia debe revisar sus estructuras y la vida de sus miembros, sobre todo de los agentes de pastoral con miras a una conversión efectiva."* (no.1157). La conversión efectiva es exigencia de una evangelización eficaz, y condición de autenticidad de la palabra pastoral, *"sin el testimonio de una Iglesia convertida serían vanas nuestras palabras de pastores"* (no.1221). Si la Iglesia se define por su tarea propia, la evangelización no debe temer revisar sus estructuras para ponerlas más eficazmente al servicio del anuncio del mensaje. La revisión de esas estructuras es presentada por eso como

una dimensión de la conversión de la Iglesia. La perspectiva dinámica asumida aquí en Puebla es una expresión de la "parresía", de esa audacia cristiana de que se habla en los "Hechos de los apóstoles". Ella contrasta con la defensa celosa de formas históricas de ciertas estructuras, hecha más bien por no perder seguridades ya adquiridas que por verdadero sentido de la presencia del Espíritu en la Iglesia. En el evangelio se nos dice que el Espíritu nos llevará hacia la verdad completa, pero hay quienes no se resignan a no conocer por adelantado cuál será el camino a tomar para ello.

El texto señala en segundo lugar la exigencia de un estilo de vida. *"Esta conversión lleva consigo la exigencia de un estilo austero de vida y una total confianza en el Señor; ya que en la acción evangelizadora contará más la Iglesia con el ser y el poder de Dios y de su gracia que con el tener más y el poder secular"* (no.1158). Contar con la fuerza del Espíritu y no con los poderes de este mundo para el cumplimiento de la misión de la Iglesia, es una honda preocupación en Puebla. Así se dirá por ejemplo que la Iglesia *"re-quiere ser cada día más independiente de los poderes del mundo, para así disponer de un amplio espacio de libertad que le permita cumplir su labor apostólica sin interferencias: el ejercicio del culto, la educación de la fe y el desarrollo de aquellas variadísimas actividades que llevan a los fieles a traducir en su vida privada, familiar y social, los imperativos morales que dimanen de esa misma fe. Así, libre de compromisos, sólo con sus testimonio y enseñanza, la Iglesia será más creíble y mejor escuchada. De este modo, el mismo ejercicio del poder será evangelizado, en orden al bien común."* (no. 144). Es una condición de credibilidad para el anuncio del Evangelio. Decirlo en una sociedad como la latinoamericana en la que de muy diferentes maneras se da todavía una relación estrecha entre "los poderes del mundo" e importantes sectores de la Iglesia, es un acto de coraje. Y un compromiso. Compromiso que se asume ante el Señor y ante los pobres de América Latina. Es finalmente un acto de confianza y de fe, como dicen los obispos en la confesión de fe con que termina el mensaje a los pueblos de América Latina: *"creemos en el poder del Evangelio"*.

Una Iglesia libre de esas ataduras será una Iglesia po-

bre abierta a los pobres y oprimidos. *"Así la Iglesia presentará una imagen auténticamente pobre, abierta a Dios y al hermano, siempre disponible, donde los pobres tienen capacidad real de participación y son reconocidos en su valor."* (no. 1158). Esta fue una de las grandes preocupaciones de Medellín y motivó algunas de sus mejores y más valientes afirmaciones. Para la Iglesia en América Latina ser pobre implica asumir la vida, las luchas, los sufrimientos, las aspiraciones de la mayoría de sus propios miembros, de los pobres que ya están en ella; pero cuya voz, sobre todo si reclaman sus derechos, suena ajena a muchos en la misma Iglesia.

Conclusión.

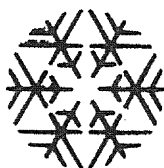
Puebla no es un principio ni un fin; como no lo fue tampoco Medellín. Es un jalón en la marcha histórica del Pueblo de Dios en América Latina. Momento importante en una vida en la que, como lo dice el mismo texto de Puebla, no hay que extinguir el Espíritu, ni matar la profecía. Sin esa vida de la comunidad eclesial, tan presente en la preparación y durante la realización de la conferencia, no se comprende el hecho de Puebla. Sus documentos son una expresión de lo que hay en ella al presente, incluso con sus matices, tensiones y diferencias de percepción sobre muchas cosas como corresponde a una realidad compleja; pero todo esto vertebrado por una opción global fundamental mantenida con coraje y energía.

Sin esa vida no se entenderá tampoco la etapa que sigue. Una reunión pastoral produce textos, pero sobre todo crea actitudes y compromisos sin los cuales los textos serán letra muerta. Lo que importa ahora, más que proteger ansiosamente los documentos y disputar sobre textos, es hacer una exégesis de ellos en la práctica de la Iglesia Latinoamericana. Habrá que evitar una fácil guerra de textos que no estén respaldados por compromisos auténticos con los pobres del subcontinente en los que debemos descubrir el rostro del Señor. Los documentos de Puebla no han cambiado la realidad latinoamericana, ojalá cambien la postura de la Iglesia.

Puebla nos ha hecho ver, en efecto, que el programa de Medellín no ha sido cumplido a cabalidad. y ésta resulta

una de las mayores exigencias de la reciente conferencia -- episcopal, que al plantear la continuidad con Medellín ha reactualizado su llamado.

Ser solidario con la vida, los sufrimientos, las luchas por sacudirse de un orden social injusto, la aspiración a la liberación de los pobres y oprimidos de América Latina es entrar exigentemente en la realidad de miseria y explotación en que viven las grandes mayorías. Pero es comulgar también con la profunda esperanza en el Dios liberador, "vindicador de los humildes" de ese pueblo explotado y cristiano. Por ello Puebla considera que con esa opción, y siguiendo la huella de Medellín se "abren nuevos horizontes a la esperanza".



Y porque creemos que la revisión del comportamiento religioso y moral de los hombres debe reflejarse en el ámbito del proceso político y económico de nuestros países, invitamos a todos, sin distinción de clases, a aceptar y asumir la causa de los pobres como si estuviesen aceptando y asumiendo su propia causa, la causa misma de Cristo. «Todo lo que hicieres a uno de estos mis hermanos, por humildes que sean, es como si a mí mismo se hiciera» (Mt. 25,40).

Mensaje a los Pueblos